

# "SÓCRATES," UNA LECCION POLITICA

Vuelta de Marsillach a la escena española tras la jira americana del «Tartufo». Y vuelta con un nuevo texto de Enrique Llovet, apoyado esta vez en lo que Platón, Jenofonte y Diógenes Laercio escribieron sobre la figura de Sócrates. Casi inútil, por obvio, aclarar que la elección temática de Llovet está más que justificada y responde a un criterio de actualidad mucho antes que a cualquier propósito vagamente culturalista o arqueológico. La perspectiva de Llovet —manifestada también en su reciente versión de «Lysistrata», cuando rompe la acción aristofanesca para hacer decir a los personajes que nuestra época, pese al desarrollo de la civilización y al consumo de palabras humanitarias, no puede oír lo que libremente podían oír los ciudadanos de Atenas— es muy precisa. El pensamiento socrático, sus ideas sobre la dignidad política del hombre, constituiría algo así como una lección de democracia dada en los albores de una etapa histórica que es la nuestra. El juicio de Sócrates, su condena a muerte por un Tribunal formado por quinientos atenienses, las argumentaciones del filósofo —ante los jueces y también cuando sus discípulos intentan salvarle y prefiere la cicutu a la huida— dramatizarían un texto que jamás sacrifica a las habituales ideas sobre la estructura de la acción teatral la necesidad de exponer el pensamiento de Sócrates. En este punto, la honradez de Llovet ha sido ejemplar. La obra se salvaría —como fenómeno teatral, como expresión escénica ante y para un público— o condenaría en la medida en que interesase o no la reflexión filosófica y política de que se hacía portadora.

Por lo demás, sería ridículo ponerse a resumir, en el marco de un comentario teatral, las líneas generales del pensamiento de Sócrates, una de esas figuras entrañables que tanto influyeron y en tantos de nosotros cuando la Historia de la Filosofía se integró al horizonte del Bachillerato. Con Sócrates descubrimos una actitud moral y ciudadana, un tanto abstracta para nuestros días —hoy necesitamos, para que el pensamiento político no se diluya, la concienciación de una serie de fenómenos socioeconómicos—, pero dotada de una capacidad de sugestión y de ejemplaridad innegables. La dignidad de Sócrates, durante y después

del proceso, oponiéndose a cualquier gesto oportunista, haciendo de su imagen, antes que de la solución astuta de sus graves problemas personales inmediatos, la medida de su utilidad a la sociedad, se prestaba, a la luz de nuestros días, a las más apasionantes consideraciones. Porque, en última instancia, la fuerza dialéctica de Sócrates había estado en comprender que debía morir para salvar y seguir proyectando su concepto de la libertad del hombre.

No importa demasiado, a los efectos que ahora nos interesan, debatir hasta dónde la personalidad de Sócrates fue engrandecida por sus biógrafos. El hecho concreto es que de los «Diálogos», de Platón, emerge una figura ampliamente proyectada sobre toda la historia posterior de nuestra civilización. Y que ese Sócrates resulta hoy, puesto sobre un escenario español sin necesidad de instrumentalizaciones de ningún tipo, un inquietante ejemplo de independencia intelectual. ¿Corromper a la juventud? ¿Atacar las tradiciones establecidas? Es casi seguro que a algunos espectadores, los menos avisados, ha de sorprenderles que muchas canciones que creían recién inventadas tengan ya una letra milenaria. Cuando Sócrates plantea el dere-

cho del hombre a cuestionar lo establecido y a trabajar por la evolución de la sociedad frente a quienes ven en el cambio una «traición», está formulando el conflicto que tantas veces se ha repetido —y que ha costado la muerte, física o social, de tantos Sócrates— a lo largo de la Historia.

De ahí, en suma, que el debate, siendo abstracto y moral, alcance a proyectarse sobre el espectador contemporáneo, ante el que Sócrates acaba de convertirse —y no es esta una característica muy significativa de la mayor parte de los hombres lúcidos del pasado, cuando se afrontan hoy?— en una especie de acusador, en una esperanza traicionada por más de dos mil años de Historia. La «inutilidad» de la muerte de Sócrates, la evidencia de que su nivel ético sigue estando muy por encima del hombre de nuestros días, nos convierte a todos en sus asesinos. Cuando no en los pobres imbéciles que se preguntan por la inutilidad del ejemplo.

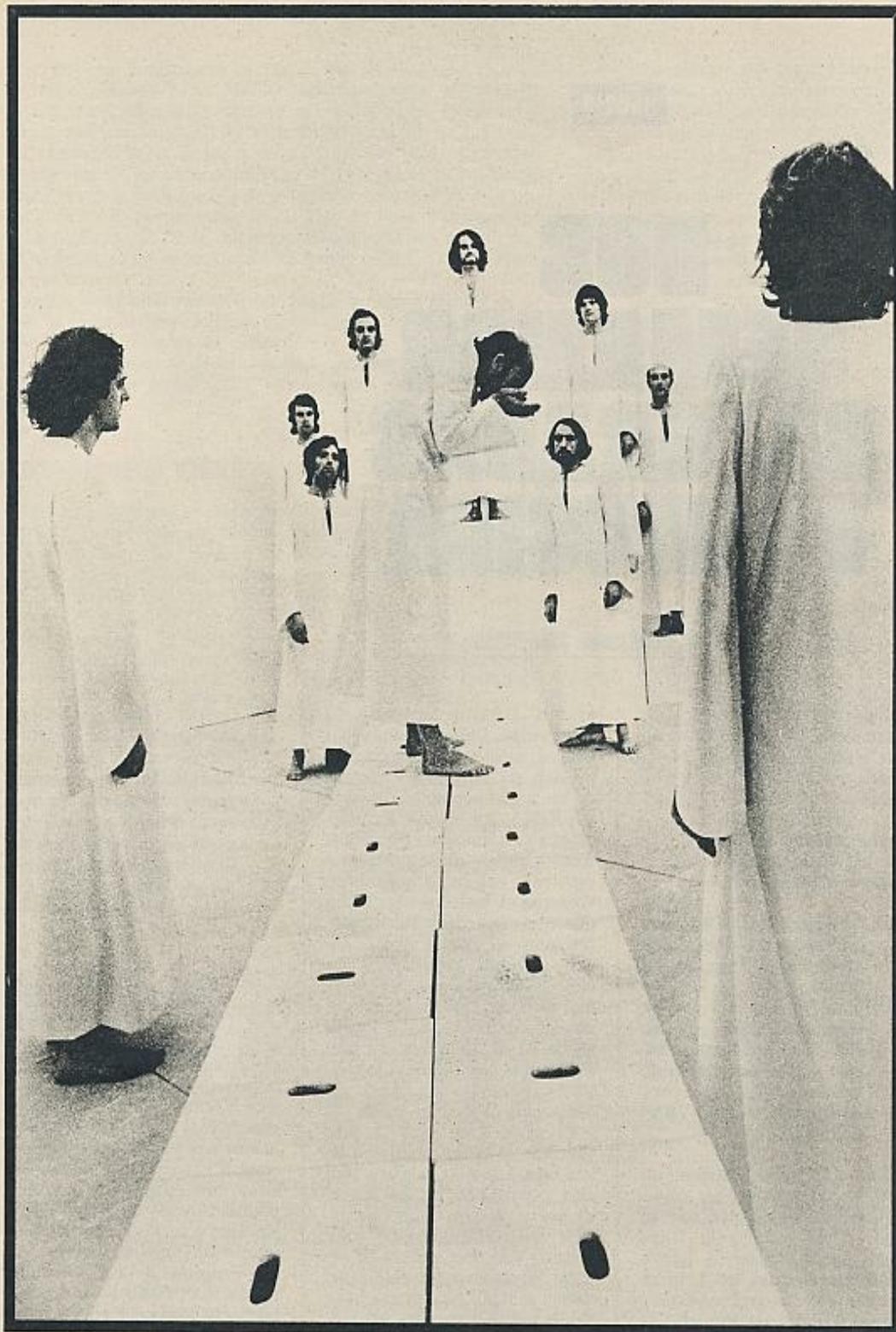
Ello explicaría el hecho que considero fundamental a la hora de comentar este espectáculo: la atención y concentración absolutas de un público que llena el Poliorama barcelonés como muy

pocas veces ha conocido este teatro. Incluso cabría preguntarse si no estaremos ante un espectáculo que, después del gran triunfo de «El retale del flautista», confirma definitivamente el interés de nuevos y amplios sectores de Barcelona por un teatro socialmente despierto. No, no hay ningún elemento superficial para explicar trivialmente el fenómeno. Pese a la personalidad de Marsillach, el valor de su puesta en escena y el tono de su equipo de actores. Pero esos solos elementos jamás podrían explicar el extraordinario éxito de «Sócrates», que debe buscarse, sobre todo, en la avidez de un público —ya digo que nuevo en los teatros barcelonés, cuantitativamente numeroso e imposible de encerrar en los límites de las viejas minorías de las sesiones de cámara o de las breves temporadas con títulos ambiciosos— por escuchar la lección del filósofo. Fenómeno que no sólo hace de las representaciones del Poliorama un hecho teatral lleno de dignidad, sino que ayuda a detectar una serie de innegables y muy positivos procesos en el seno de la sociedad española.

Y ya que hemos escrito la palabra «lección», consideremos a partir de esta perspectiva didác-

En el trabajo de Adolfo Marsillach, como director de la puesta en escena de «Sócrates», aparecen muchos elementos de pensamiento brechtiano.





El espacio totalmente blanco, el juego de los cubos de madera, la solemnidad general de toda la composición, se ajustan a la necesidad de obviar cualquier naturalismo.

en suma, en el que, como en los bancos de una Audiencia o de un Parlamento, todo sea posible, aunque dándole al ámbito la dinamicidad creadora, la capacidad poética, que no tienen los espacios familiares. Consignemos aquí el buen criterio de Marsillach de rodearse de un equipo de valiosos colaboradores. Si consideramos sus cometidos, descubriremos ya un planteamiento mucho más riguroso de lo que es habitual en nuestros escenarios. Veamos: figurines, Emiliano Redondo; expresión rítmica, Marta Scilina; espacio luminoso, Luis Cuadrado; espacio escénico, Vicente R o j o; dirección, Adolfo Marsillach.

Habría aún que señalar un último e interesante aspecto de este «Sócrates»: el tono equilibrado de la interpretación, la presencia de un grupo de actores sin disonancias. Lógicamente sobresale, incluso ateniéndonos a una simple estimación cuantitativa, el trabajo de Marsillach; pero junto a él aparece un bloque de actores, cuya labor se caracteriza por una encomiable concentración y por la comprensión y aceptación ideológica del texto. Citaremos, por el orden que figura en el programa, los nombres de todos los actores: Gerardo Malla, Juan Jesús Valverde, Francisco Melgares, Francisco Guijar, Emiliano Redondo, Vicente Cuesta, José Camacho, Francisco Balcells, Francisco Casares y Adolfo Marsillach.

La conclusión más importante de este «Sócrates» es evidente: la dignidad ética del teatro —y la consiguiente dignificación de cuantos participan en él, incluidos, naturalmente, los espectadores— cuando deja de ser un artificioso entretenimiento y le habla a la sociedad de sus realidades. Tal como anda hoy el teatro español, hasta resulta un tanto inmoral plantearse ciertas disquisiciones en los escasos ejemplos en que los escenarios, con buenos o aceptables resultados artísticos, en medio de innumerables contradicciones y obstáculos, consiguen provocar en el público la reflexión en vez de la conformidad, el espíritu crítico en lugar de la moral de la indiferencia.

«Sócrates», al margen de las consideraciones que pueda suscitar su carácter un tanto abstracto, está, sin duda, dentro de la media docena de espectáculos que habrán de salvarse en la actual temporada española. ■ JOSE MONLEON. Fotos: COLITA.

tica de la obra el trabajo de Adolfo Marsillach como director de su puesta en escena. Digamos que, aplicados más o menos deliberadamente, aparecen muchos elementos del pensamiento brechtiano. El actor «muestra» los personajes, clarifica los textos, establece con los espectadores una relación intelectual y crítica. El mismo Sócrates, aunque asumido generalmente por el actor Adolfo Marsillach, es a veces mostrado por otros actores, con lo que no sólo se rompe la iconografía individual —con el riesgo de que el espectador se identifique emocionalmente con el personaje y se limite a compadecerlo

en tanto que víctima— y se subraya el carácter ideológico del conflicto, su valor de debate general aplicable a otros miles de Sócrates posibles, sino que se alcanza a resolver escénicamente el que tal vez cabría estimar primer problema formal del texto de Llovet: la necesidad de un ritmo y de un tratamiento que rompan la retórica del monólogo o la oratoria.

El trabajo de Marsillach está, en este punto, lleno de coherencia. Tanto el tono didáctico de la interpretación como el desdoblamiento de los actores, incorporados ora a éste, ora a aquel personaje, responden perfectamente

a las exigencias del texto, sin que sea perceptible ninguna decisión arbitrariamente formalista. Otro tanto podría decirse de las imágenes visuales. El espacio totalmente blanco, el juego de los cubos de madera —que sirven tanto para ordenar el movimiento y los agrupamientos de los actores como para permitir a éstos percusiones rítmicas al golpearlos con sus manos—, la solemnidad general de toda la composición, se ajustan perfectamente a la necesidad de obviar cualquier naturalismo y hacer del escenario un lugar inconcreto, sugestivo e imaginativamente adaptable a las situaciones del drama. Un lugar,